



CORREO DE XEREZ

DEL LUNES 22 DE SEPTIEMBRE

de 1806.

CARTA REMITIDA.

Señor Editor: ya que tuvo usted la bondad de insertar en los números 262 63 y 64 de su Correo el hospedage que tuvo en el cortijo de mi abuelo un amigo mio el señor sobrino de su tio, á quien no he vuelto á ver mas, ni sé su paradero, y ya que dicho señor nada calla de quanto le dicen, ve ú oye, pues participó á usted con tanta menudencia mis genialidades y extravagancias; á la verdad desahogos del ánimo de un joven de mi clase y con dineros, tenga usted la misma bondad, para que llegue á noticia del dicho señor sobrino de su tio de insertar tambien la satisfacion que en el dia disfruto por verme libre de aquel ayo tan rígido que por causa de mi padre no me dexaba respirar.

Es el caso que ciertas comisiones de bastante entidad (segun creo) hicieron salir á mi padre de casa, con tanta precipitacion, que apenas

nas tuvo lugar para despedirse de sus amigos. Quedó mi madre única y sola gobernadora, y con esto quiero decir, que en lugar de la seriedad entró á reynar en mi casa la alegría. Huvo bayles hasta el amanecer, ó mas tarde; juego vivo, sarao completo, y otras mil cosas de este jaez. Solo el coco de mi ayo era el que hacia alguna sombra á mi madre, ya fuese temiendo que se lo avisase á mi padre, ó por otras causas que no comprehendo: yo era entre tanto quien mas sufría su inaguantable caracter, pues aunque gozaba mil satisfacciones de mi madre, no podia verme libre de él. Me hacia estudiar con la Història la Geografía y Cronologia, cómo que en su opinion estos son conocimientos conexos con ella, y que no se beben separar jamas. Ahora me habia querido dar (segun decia) los fundamentos necesarios para entrar en la filosofia, y ademas de hacerme ir estudiando su historia, me habia comenzado á enseñar el Algebra, para pasar despues á la geometria. Vea usted quan raro es en un todo su modo de pensar; pues para quatro que piensan como él, conozco yo mas de quatro mil que corren con el título de sabios que no lo han practicado, y son tan filosofos como el primero. Por esto, y asi por las indirectas de mi madre, como por mi propia felicidad pensaba continuamente en el modo de librarme de él; pero la suerte que todo lo iba disponiendo mejor que lo que yo creia, no tardó en proporcionarme los medios.

Ya sabrá usted que la tal Algebra es una cien-

ciencia de algarabias, rayitas, crucecitas, haspas &c. y un language de mas y menos raices incognitas, lagarimos, y demas voces que parecen arabigas: yo que siempre he estado de acuerdo con los consultores de mi madre, y que se me daba poco asi de saber quien fué Epicuro, ni si enseñó que la felicidad del hombre consistia en los placeres del espíritu, ó en otra cosa: como ni de acertar á despejar una incognita, ni á resolver un problema, daba al diablo la leccion; por mas que mi ayo me procuraba persuadir lo útil y agradable de estos estudios, trayendome exemplos y citandome sugetos; yo hacia inutil todo su trabajo, porque no queria dexarme persuadir. Un dia (que como muchos) no habia mirado la leccion, y quiso reprehenderme, yo dexé el terror pánico, que hasta entonces habia tenido, y con no poca viveza le dixé: que no habia querido estudiar, porque veia que no tiraba mas que á llenarme la cabeza de especiotas y frioleras inutilés, haciendome perder asi el tiempo mas precioso de mi juventud. Vile demudado, y temiendo no me descargase algun golpe con el puntero, que acaso tenia en la mano, quise huir tan precipitado, que caí, y casi me deshice las narices. Fui corriendo al quarto donde estaba mi madre, la que viendome asi se puso hecha un basilisco, y abandonando el tocador, quiso arañarle; y en una palabra, le hizo desocupar la casa en la misma hora. Por mas que quiso decir por defenderse, no fue oído, y tuvo que salir de casa sin comer siquiera,

lle-

llenos de lágrimas sus ojos. ¡Digno premio de sus fatigas! y sin duda, porque es justo que quien siempre abrojos coja espinas: sembrára él flores, y cogiera otro fruto mas agradable.

Se continuará.

ANECDOTA ORIENTAL.

Un habitante de Siria, en un año en que enjambres de langostas cubrían todo sus campos, se veía precisado á vender todos los dias una parte de sus ganados para ocurrir á las necesidades de su familia. Pronto se agotó este recurso, y el padre infeliz reducido á la última miseria se fué á la ciudad á vender los instrumentos de labor, que eran su última esperanza. Estando ajustando cierta porción de trigo que acababa de llegar de Damietta, oyó hablar de las victorias de Murat Bey, quien después de haber domado el orgullo de sus enemigos habia entrado triunfante en el gran Cayro. Describiase la talla, el caracter, y el origen de este Guerrero. Decíase como de simple esclavo habia adquirido tanta grandeza y esplendor. El pobre paysano, maravillado del suceso se persuade que es el hijo que le quitaron á la edad de once años. Acelérase y vuelve á su casa con su provision, refiere á su familia lo que acaba de oír, y se determina sin pérdida de tiempo á pasar á Egipto. Su muger é hijos le anegan en lagrimas y hacen

oén mil plegarias al cielo para que vuelva ^{no}quan-
to antes. Llega al puerto de Alexandría, embarca-
se y desembarca poco despues en Damietta. Un hi-
jo que abandonó la religion de sus padres para
abrazar el Mahometismo, que en medio de la pom-
pa y del fausto no ve á su alrededor sino los apa-
ratos brillantes de la fortuna; ¿me querrá conocer?
esta sola idea era un peso que oprimia el corazon
del buen padre, y no le hacia muy posible su an-
helo. Por otra parte, el deseo de libertar á su fa-
milia de los horrores de la miseria, la esperanza
de hallar un hijo cuya perdida habia llorado lar-
go tiempo, afirmaban su resolucion y le animaban
á continuar su viage. Llega por fin á la capital,
y en derecho se va á el palacio de Murat Bey,
se presenta á los Oficiales del Principe, y pide una
audiencia. Niegasele esta; pero sus instancias, y
vivo ardor se la consiguen. Su vestido, el conjun-
to de su persona que anunciaba la pobreza, y la
infelicidad no era muy propio para conseguir lo que
con tanta instancia anhelaba; pero su abanzada edad,
aquella edad tan respetada de todos los pueblos del
Oriente peroraba en su favor. Compadecido uno de
los Oficiales avisan á Murat Bey que un pobre an-
ciano pretende ser admitido en su presencia. *Que*
entre dijo el Principe. El pobre labrador entró en
la sala del Divan, adornada con magnificos tapices,
dirigiose ácia el Bey que descansaba recostado so-
bre almoadones bordados de oro, y de seda. Los
sentimientos varios que agitaron el corazon del buen
padre le embargaron por algunos instantes la pa-
la-

teno 90
labra. Reconoce al fin al hijo, que le habian quitado, y triunfando la voz de la naturaleza sobre sus temores se precipita y exclama á sus pies *tú eres mi hijo*. Levantándolo el Bey, procura sosegarlo, y reconociendo despues de algunas preguntas que es su padre, le hace sentar á su lado, y le colma de caricias, despues de los mas tiernos regocijos en el seno de ambos corazones. El anciano le pinta el estado deplorable en que dexó á su madre, y hermanos. El Principe le propone que los haga venir á Egipto, y partirá con ellos sus riquezas y su poder, pero con condicion de que han de abrazar la religion de Mahoma. Ya habia el buen padre previsto este ofrecimiento, y temiendo no deslumbrar á unos corazones juvenes no quiso permitir á ninguno de sus hijos que le acompañara. Reusaselo con menosprecio, y encuentra en su espíritu valor para reprehender á su hijo la traycion que hizo á su Dios. Viendo Murat Bey que su padre era inflexible, y que sus urgentes necesidades exigian un pronto remedio, mandó entregarle una suma considerable de dinero, y le envió á la Siria con un navio cargado de trigo. El anciano mas feliz que antes era, no tardó en volver á su chozilla en la que despues reynó la comodidad, la alegría, y el contento.

REFLEXION.

Nada hallo en este mundo pequeño del hombre
mas

más particular, ni que me cause mas admiracion, que la gloriosa posesion de las ciencias y artes: éstas se han visto siempre, no tan solamente menospreciadas, sino aun perseguidas. ¿Pero de quien? De aquellos idiotas é insensatos, que jamas han sabido lo que quiere decir esta voz ciencia, claro está; pues se ha visto un Valentiniano que las persiguió con tanto exceso, que mientras imperó, sufrieron mas duro destierro, que las virtudes en tiempo de Eliogábalo, y Cómodo, padres de quantos malvados tenia el universo. No así Ciceron, por que ademas de haber florecido en su tiempo las ciencias, nos dexó escritas aquellas sabias sentencias. *Non potest in mundo aliqua esse fortuna, quam non augeat literarum gloriosa notitia:* y tambien: *Neminem posse bene vivere sine sapiencie studio.*

Siendo la razon de todo esto, que no como quiera ilustran al hombre las ciencias, sino que son las que le constituyen en sér de tal, y le diferencian de los animales brutos: porque como la propia operacion del entendimiento, (que ditingue los racionales de los irracionales) *est veri cognitio* segun el folsofo, y este únicamente se adquiere por las ciencias, solo con éstas puede el hombre tener operaciones de tal, *propia hominis operatio est intelligere* dixeron Aristóteles, Tulio y Quintiliano.

Por otra parte, sin ciencia, ¿qué hay de bueno en el hombre? No es como un caballo (dixo David) que carece de entendimiento? ¿No es tronco insensible? ¿No es piedra (segun Diógenes.) Este filosofo viendo á un ignorante sentado sobre una pie-

pedra, dixo agudamente: *Lapis super lapidem*: ultimamente, si todos los hombres procuraran ilustrarse, y adquirir algunos conocimientos, ¡quantas violencias serian desterradas de la sociedad! ¡quanto se reprimirian aquellos genios fuertes y orgullosos! ¡quantas porfiadas contiendas se evitarian! ¡y quanta menos seria la dureza de corazones, que cierran los oidos á las súplicas de los desvalidos! Pero para no ser mas molesto, diré con Ciceron: si alabas al hombre porque es rico, esto á la fortuna se le debe: si porque es fuerte, con el tiempo se fatigará ó se debilitará: si porque es hermoso, la hermosura con la vejez desaparecerá: pero si porque es sabio, entonces á nadie sino á él mismo alabas.

Elfira Farague.

SIGUE LA LISTA DE SEÑORES SUBSCRITORES: en Cadix.

LOS SEÑORES.

- D. Juan Josef Arellano, Oficial de la contaduría de la Real Aduana.
- D. Josef Labayen, Capitan de Fragata de la Real Armada.
- El Doctor D. Ignacio Derdo de Texada.
- D. Josef Navarro, Mercader de libros.
- D. Manuel Risueño, Preceptor de primera instruccion literaria.

Se continuará.